

LIBRO PRIMERO.

N. 1. Celso, con el fin de desacreditar nuestras Ágapas, y de hacer aborrecible el Cristianismo, distingue dos especies de juntas: las juntas públicas, autorizadas por las leyes, y las juntas clandestinas, prohibidas, como por exemplo, las de los Christianos. Él quisiera persuadir, que nosotros nos congregamos para rechazar el peligro comun en desprecio de nuestras obligaciones y de nuestros juramentos. Una vez, pues, que nos ópone las leyes, y que las violamos por nuestras juntas, es preciso responderle, que un hombre desterrado á los Escitas, que viven baxo leyes impías, podria obedecer á la ley de la verdad proscrita entre aquellos Bárbaros, y formar con los ciudadanos, que pensasen como él, juntas prohibidas por las leyes. Así, pues, las leyes de los pueblos, que adorando estatuas y una multitud de Dioses, destruyen realmente la Divinidad, son comparables en el tribunal de la verdad con las leyes de los Escitas, ó quizá son aún mas impías: por consiguiente no hay cosa mas conforme á la razon, que celebrar, en semejantes países, juntas en honor de la verdad, por mas que estas últimas leyes las prohiban. Así como los que hubieran conspirado secretamente contra un Tirano usurpador del trono, serian me-

recedores de los mayores elogios; del mismo modo lo son los Christianos, que forman entre sí una confederacion contra la tiranía del diablo y de la mentira, aunque fundada sobre las leyes, y se sacrifican de esta manera por la salud de aquellos, á quienes pueden persuadir á que sacudan el yugo de unas leyes tan injustas, como las de los Escitas y de los Tiranos.

N. 2. Celso dice despues, que los Christianos han recibido sus dogmas de los Bárbaros: quiere decir sin duda, de los Judfos, de quienes no se puede negar que descendemos. Siquiera nos trata con equidad, pues no nos lo imputa esto como un crimen. y concede á los Bárbaros el mérito de poder inventar dogmas: verdad es que añade, que los Griegos saben discernirlos mejor, probarlos, y hacerlos servir á la virtud.

De esta confesion podemos concluir rotundamente, en ventaja de nuestra Religion, que si se llega á nosotros alguno, que esté versado en las ciencias de los Griegos, no solamente tendrá por ciertos nuestros dogmas, sino que nos suministrará tambien argumentos para probarlos, y suplirá nuestro defecto en esta parte. Le responderemos tambien á Celso, que nuestros dogmas tienen pruebas, que les son propias, y que vienen del mismo Dios, y son por consiguiente muy superiores á la dialéctica Griega. El Apóstol (1. Cor. 2.) dice que consisten en la demostracion del espíritu y de la virtud: del espíritu, á causa de

las profecías, cuya evidencia es capaz de persuadir á los mas incrédulos, principalmente la divinidad de Jesu-Christo: *de la virtud*, á causa del poder de hacer milagros, de que tenemos tantas pruebas, y de que todavía se ven algunas huellas entre los Christianos, que viven conforme á los preceptos de su Religion.

N. 3. Despues que Celso ha dicho, que los Christianos enseñan y practican en secreto estos preceptos (y con razon, porque de nada menos se trata que de la pena de muerte, si llegan á descubrirlos), compara los peligros á que se exponen, con los peligros á que la Filosofia expuso á Sócrates; y podia añadir tambien á Pitágoras y á otros Filósofos. Yo le responderé, que los Atenienses no tardaron en arrepentirse de haber condenado á Sócrates; y que lo mismo sucedió acerca de Pitágoras, puesto que sus Discípulos tuvieron libertad para enseñar en aquella parte de Italia, llamada la gran Grecia; pero que respecto á los Christianos, el Senado de Roma, los Emperadores, los soldados, el pueblo, y hasta sus mismos parientes se habian reunido con tanto encarnizamiento, que tuvieron aquellos necesidad de una fuerza divina, para vencer tantos enemigos, esto es, el mundo entero.

N. 4. Celso pretende rebaxar nuestra moral, só pretexto de que nada tiene de nuevo, ni de notable, supuesto que es la misma que la de los Filósofos. Yo respondo á esto, que si todos los

hombres no hubieran recibido del Autor de la naturaleza los mismos principios de costumbres, sería injusto castigarlos; y que no es de admirar, que las mismas luces, que Dios ha comunicado á algunos por medio de su Hijo y de los Profetas, se hallen tambien grabadas en el alma de todos, para que de este modo ninguno pueda tener excusa contra el juicio de Dios.

N. 5. Por lo que hace á nuestro modo de pensar acerca de la idolatría, lo aprueba Celso enteramente; pero para hacer ver, que no es nuestro, y que es mucho mas antiguo que nosotros, refiere un pasage de Heráclito, que dice, que *qualquiera que ofrece culto divino á las cosas inanimadas, es tan poco sensato, como el que habla con las paredes*. No se puede negar, que Dios ha grabado en el corazon de cada hombre el dogma de la Divinidad, así como tambien los principios de las costumbres (a); y que por tanto pudo leerlo

(a) El dogma de la unidad de Dios, así como tambien los principios fundamentales de las costumbres, habian sido grabados indubitablemente por la mano de Dios en la conciencia de todos los hombres; pero estaban oscurecidos y desfigurados, Ningun Filósofo habia podido leerlos sin alterarlos; y una de las pruebas incontrovertibles de la divinidad de la Ley de los Christianos, y de su superioridad sobre todas las escuelas humanas, es que ella sola ha podido desembarazar á la Ley natural, de los errores y de las nubes, con que la ignorancia ó las pasiones, y quizá tambien la pretendida sabiduría de los

Heráclito, igualmente que todos los demás, así Griegos como Bárbaros, que han pensado sanamente acerca de la Divinidad.

N. 6. Me admira que Celso se haya atrevido á decir, que el poder que, al parecer, tienen los Christianos, les viene del nombre de ciertos demonios, y de los encantamientos. Quizá dice esto, por los que entre nosotros arrojan los demonios; mas con todo no dexa de ser una enorme calumnia de parte suya: porque es constante, que los Christianos arrojan los demonios de los cuer-

Filósofos la habían ofuscado; y hacerla practicar, purificarla, y llevarla á un grado de perfeccion, de que ni siquiera habían tenido idea los Sábios de la Grecia. La revelacion de Jesu-Christo no sería divina, si fuera contraria á la Ley del Criador; pero también sería supérflua, si nada añadiese á ella, y la Ley natural se hubiera conservado pura é íntegra. Así que, por una parte las verdades reveladas, que nosotros hallamos en las Lucas de la razon, y en el sentimiento íntimo de cada hombre; por otra, los dogmas de un orden mas superior, á que no podría arrivar la

razon por sí sola, pero tan poco contrarios á los dogmas de la naturaleza, que antes se necesitaban para dar á estos su ilustracion, su energía y su sancion: estos dos órdenes de verdades, repito, que solo la Religión Christiana presenta reunidos, y sin mezcla de error, concurren á hacer palpable y completa la demostracion de su divinidad. Y de esta suerte la objecion de Celso se convierte en prueba de la Religión. Lo propio vienen á ser la mayor parte de las dificultades de los incrédulos, para qualquiera, que esté penetrado del espíritu y de los principios de nuestra Creencia.

pos de los hombres, no por medio de los mismos demonios, ó en fuerza de algun encantamiento, sino pronunciando el nombre de Jesus, y leyendo los Evangelios: lo qual sucede frecuentemente, en particular quando lo practican hombres de una fe pura, y de una conciencia irreprehensible. El nombre de Jesus tiene tanta virtud, que la tiene aun en boca de los malos; como nos lo anunciaba el mismo Jesus, quando decia: *Muchos me dirán en aquel último dia, nosotros hemos arrojado los demonios, nosotros hemos hecho prodigios en vuestro nombre. (Matt. 7.)*

No teme Celso atribuir á la magia los milagros, que Jesus, dice, hizo al parecer. Pero quando todo lo contrario no pudiera demostrarse acerca de Jesus (a); es por lo menos constante, que sus Discipulos no recurren á ningun secreto, ni hacen mas que pronunciar el nombre de Jesus,

(a) Origenes es demasiado facil en este pasage. Porque á caso hay nada que pueda oponerse al testimonio de los Evangelistas, cuya autoridad jamás ha sido hasta ahora debilitada por ningun Historiador ni Critico? Solo el discurso de Jesu-Christo, que los demonios no pueden arrojarse á los demonios, ni destruir ellos mismos su imperio, es una demostracion. Pero lo que añade luego Origenes le quita á su contrario toda la ventaja, que podria sacar de lo que primero le habia concedido. Es constante, dice, que los Discipulos de Jesus no hacen prodigios por medio de la magia, sino que los hacen en nombre de Jesus. Luego mucho menos los hará Jesus, que es principio de esta virtud divina, y por consiguiente es Dios.

y lo demás que les enseñan los libros divinos.
 N. 7. Ahora debo rechazar la acusacion, que Celso hace á los Christianos, de que siguen una doctrina oculta: como si todo el mundo no tuviese noticia de ella, por decirlo así, mas bien que de los dogmas de los Filósofos. ¿Quién, pues, ignora, que Jesus nació de una Virgen, que fue crucificado, que resucitó, como así lo creen muchos; y que habrá un juicio, que mueve en general á risa, pero que no obstante los malos y los buenos recibirán en él su merecido galardón? ¿No hablan frecuentemente los mismos infieles del misterio de la Resurreccion, y lo toman á risa, porque no lo comprehenden? Luego no hay razon para dar á nuestros dogmas el título de doctrina oculta.

Por lo demás, que nosotros tengamos secretos algunos dogmas, que no los participemos indistintamente á todo el mundo, esto no es particular de los Christianos, sino comun de todos los Filósofos. A muchos Pitagóricos no se les daba mas respuesta, que la que sigue: *Pitágoras lo dixo (a)*; pero á los demás se les enseñaba en se-

(a) Famosa respuesta, que la Escuela de Pitágoras daba á los que impugnaban alguna opinion de este Filósofo; la qual bastaba para tapar la boca á sus Discipulos, y aun para conven-

cerlos. Por este motivo, los Padres de la Iglesia, San Clemente de Alexandria y Teodoreto, argumentaban vigorosamente contra estos Filósofos. «Si la autoridad de un hombre como Pitágoras

creto lo que no hubiera sido acertado confiar á oídos profanos, y no purificados todavía. Finalmente, ni los Griegos, ni los Bárbaros fueron jamás acusados de que tenian secretos sus misterios: pues ¿con qué fundamento se acusa á los Christianos?

N. 8. El mismo Celso, sin embargo, parece, que aprueba nuestros Mártires, que sufren la muerte confesando nuestra Religion. *No es decir, que yo piense, que los que han abrazado una doctrina sana deban abjurarla, al menos exteriormente, quando se ven perseguidos por este motivo.* Así dice Celso; pero aquí desmiente sus principios, porque en otras obras suyas vemos que era Epicuréo; mas para dar peso á sus declamaciones contra nosotros, disfraza su modo de pensar, y parece que admite en el hombre alguna cosa de orden superior al cuerpo, y aun divina. Ha habido dos

«os inspira ese respeto, esa fe religiosa, como puede dudar en creer sobre su palabra al mismo Dios, maestro por excelencia, y luz de todos los seres inteligentes:»

La razon no permite que preguntemos, sino la prueba de un hecho, conviene á saber, si Dios ha hablado. La prueba de este hecho ha sido demostrada ya por nuestros Apologistas antiguos y

modernos; y todas las tradiciones y tranquilas de los incrédulos no han servido, sino para darle mayor vigor. Esto supuesto, no resta ya sino creer y adorar: AUTOS ERHA, el mismo Dios lo ha dicho; pues tan necia como impia cosa es poner en duda los oráculos de la verdad por esencia, y pedir razon á Dios de sus leyes ó de sus misterios.

Celsos Epicuréos, el primero en tiempo de Nerón, y el segundo, que es el nuestro, baxo el imperio de Adriano.

N. 9. Celso nos exhorta á que no admitamos dogma alguno, sino es que la razon lo persuade; y nos advierte, que sin esta precaucion incurriremos en ilusiones de todas especies, como los que creen ciegamente en los Sacerdotes de Mitras, Baco, Hécate, y otros impostores de esta laya; que es puntualmente lo que les sucede á los Christianos. Porque hay algunos, continúa, que ni quieren oír nuestras razones, ni darlas tampoco de lo que creen; ni saben mas que responder al modo de los oráculos: *No investigueis, creed, y vuestra fe os salvará.* Tambien nos acumula Celso, que decimos: *la sabiduría de esta vida es mala, pero la necedad es muy buena.* Convento con Celso en que si fuera posible que los hombres estuviesen libres de toda ocupacion, para entregarse únicamente al estudio y á la contemplacion, no habria mas camino que este para llegar á la fe; porque un Filósofo hallaria en nosotros, por lo menos tan bien como en otra parte, su propia conviccion, ya en la discusion de los Dogmas, ya en la explicacion de las Profecias, de las parábolas del Evangelio, y de un número considerable de hechos y de preceptos, que son otras tantas figuras. Pero supuesto que las flaquezas de la humanidad, las necesidades de la vida hacen este medio impracticable para la

muchedumbre; no podia en manera alguna imaginarse otro mas seguro en tal caso, que el que Jesus ha escogido.

Preguntemos á este pueblo fiel, sepultado antiguamente en el cieno del vicio, y ahora inocente y virtuoso, si le era mas ventajoso corregirse, creyendo sin exámen que llegará dia, en que el vicio será castigado y la virtud recompensada; ó hacer desprecio de esta fe sencilla, y aguardar, para mudar de vida, al tiempo en que hubiere profundizado los principios de la nueva doctrina, que se le anunciaba. Es constante, que ningunode ellos, si se exceptua un cortísimo número, hubiera jamás llegado á donde la fe sola los ha conducido á todos, sino que hubieran permanecido en sus desórdenes. Así que, entre todas las pruebas que se pueden dar del origen celestial de una ley tan provechosa al linage humano, esta es una, y no por cierto la que menos satisface. Si un hombre religioso viese, que un Médico restituía la salud á una multitud de enfermos, juzgaria inmediatamente, que habia sido enviado á la tierra por el mismo Dios, Autor de todo bien. Con mayor motivo, pues, se debe pensar así del Médico de las almas, que las cura, las reforma y las santifica; que enseña, que todo depende de Dios, que todo se ha de referir á él, y evitar con el mayor cuidado quanto pueda desagradarle, no solo en las acciones y palabras, sino tambien en los pensamientos.

N. 10. Por mas que nuestros adversarios vituperen esta fe ciega, nosotros sin embargo la recomendamos incesantemente, porque estamos convencidos de que son muchos los que tienen necesidad de ella, puesto que no todos los hombres lo pueden abandonar todo, y aplicarse únicamente á la investigacion de la verdad.

Ni nuestros Filósofos obran de otra suerte, por mas que no quieran confesarlo (a). Digaseme sino; ¿quál es la razon que los determina á adherir á una secta con preferencia á todas las demas, sino porque la reputan por mejor? ¿Quién es, pregunto, el que para llamarse, por exemplo, Estóyco, Platónico, Peripatético ó Epicuréo, procura antecedentemente oír las disputas de los Filósofos de todas las escuelas, y pesa todos los argumentos en pró y en contra? Ninguno por cierto. Un movimiento ciego, y de ningun modo fundado, es por lo comun la causa de que este Filósofo, por exemplo, elija el Pórtico, y desprecie la Academia por poco sublime, y el Licéo por demasiado indulgente para con la flaqueza humana, y por muy amante de los bienes temporales. Otros, sin mas que ver la suerte de los buenos y de los malos sobre la tierra, niegan abier-

(a) Cicerón lo confiesa de Orígenes, que hay fundamen-
buena fe en el *Lib. 2. Acad.* to bastante para creer, que
quest. Lo que dice es tan con- nuestro Autor tuvo presente el
forme á lo que aquí propone pasage del Filósofo Romano.

tamente la Providencia, y abrazan el partido de Celso y de Epicuro.

N. 11. Convengamos, pues, en que la misma razon, que nos aconseja que creamos á los Autores de las sectas, ya Griegos, ya Bárbaros, nos dice tambien, que es mucho mas justo creer al Dios del universo, que nos enseña, que él solo es digno de ser adorado, y que todo lo demás, ó no existe, ó si existe, puede muy bien merecer estimacion y honores, pero de ninguna manera culto. En quanto á los que no se contentan con creer, sino que se sirven de su razon para examinar y para profundizar; llegará dia en que estos tales descubran indubitablemente pruebas sólidas y luminosas de su creencia. Pero finalmente, supuesto que en esta vida todo gira sobre la fe humana, ¿con qué pretexto se podrá criticar la fe divina?

El que se embarca, el que se casa, el que quiere tener hijos, el que confia su semilla á la tierra, no lo hace sino con la esperanza de un por venir mas ventajoso que el presente: no obstante que puede suceder todo lo contrario, y que sucede algunas veces. Esta misma esperanza aliena para acometer las empresas mas aventuradas y mas inciertas. Pero ni el que atraviesa los mares, ni el que toma muger, ni el que siembra, ni el que emprende un negocio, sea el que quiera, tiene una confianza tan bien fundada, como el que la pone en Dios, Criador y Señor del mun-

do entero; en un Dios, que para manifestar su doctrina á toda la tierra, sufrió, con una magnanimidad de alma verdaderamente divina, la muerte mas ignominiosa en sentir del vulgo, y que con su exemplo enseñó á sus Discipulos, y á los Predicadores de su Evangelio, á despreciar los peligros y los suplicios, y á correr el universo entero por la salvacion del linage humano (a).

N. 13. Imputa Celso á los Christianos, que dicen que la sabiduría es un mal, y la necedad un bien. Altera para esto el pasage de Pablo, (1. Cor. 3.) cuyas palabras, son estas: «Si alguno de vosotros se distingue por sábio en este siglo, convendrá que se haga necio para que sea verdaderamente sábio, porque la sabiduría de este mundo es una necedad á los ojos de Dios.» No dice, pues, el Apóstol redondamente, que *la sabiduría es necedad á los ojos de Dios*, sino *la sabiduría de este mundo*: ni dice tampoco, *si alguno es sábio, convendrá que se haga necio*, sino *que se haga necio en este siglo*. Porque lo que la Escritura llama *la sabiduría de este siglo*, y lo que reprueba, no es sino una vana y falsa Filosofías y *la necedad* que recomienda, no es necedad tal, sino solo en el concepto de este siglo. Por lo demás, una fe racional é ilustrada es mucho mas

(a) Se omite el Num. 12. se jactaba de que estaba perfectamente instruido en la Religion Christiana. reprehende á Celso, porque

conforme al espíritu del Christianismo, que una fe ciega; y si es que la Sabiduría eterna se ha contentado con esta última, lo debemos atribuir á que á nadie ha querido excluir de la salvacion. Pablo, instruido por el mismo Jesu-Christo, no nos permite dudar de ello. «Porque el mundo, dice, (1. Cor. 1.) no ha conocido á Dios por la sabiduría divina, ha querido Dios salvar á los Creyentes por medio de la necedad de la predicacion.» Notese, que no dice solamente *por medio de la necedad*, sino *por medio de la necedad de la predicacion*. Jesus, pues, crucificado, á quien nosotros predicamos, es la necedad de la predicacion. Sigue todavía la doctrina de Pablo: «Nosotros predicamos, dice, á Jesu-Christo crucificado, que es un escándalo para los Judíos, y una necedad para los Griegos; pero que, para los Judíos y para los Griegos llamados, es la fuerza y sabiduría de Dios.»

N. 14. Celso hace la numeracion de muchos pueblos, en los cuales se encuentra el origen de ciertos dogmas, y que, en opinion del mismo, guardan entre sí una gran conformidad de opiniones: pero yo no sé, por qué motivo hace estudio con toda malignidad de no citar jamás á los Judíos. Razon será, pues, que se le pregunte, por qué da crédito á todo quanto refieren los demás pueblos, Griegos ó Bárbaros, acerca de sus antigüedades, y trata de fábulas á las historias de los Judíos. Porque si es cierto, que cada

una de esas Naciones extranjeras ha referido con la mayor fidelidad todo lo suyo, no es posible, que solamente los Judíos sean indignos de toda creencia: ó si es que Moysés y los Profetas han lisonjeado á su Nacion, no es creible que los Escritores de los demás Pueblos no hayan hecho lo propio. Pero nada menos que eso: los Egipcios, que en sus historias llenan de injurias á los Judíos, serán creidos sobre su palabra: y los Judíos, que aseguran, que quando los Egipcios los perseguian injustamente, descargó sobre ellos el golpe la venganza divina, serán tenidos por embusteros.

Ni esto que decimos es particular á los Egipcios. Los anales de los Asirios hacen mencion de las guerras que estos tuvieron con los Judíos, como igualmente los Escritores Judíos: no digo, los *Profetas*, para que no se crea que me preocupo en favor suyo: aunque bien se ve, cuánto pueden las preocupaciones, pues hacen que sean recibidos los testimonios de todas las Naciones como de otros tantos Sábios, y que á los Judíos se les trate de gentes que no tienen el sentido comun. Oigamos á Celso, que dice: *Así opina la mas remota antigüedad, y este es el sentir de las Naciones mas sábias, y de las Ciudades y hombres ilustrados: pero en ese número de las Naciones mas sábias no cuenta á los Judíos, ni los iguala con los Egipcios, con los Asirios, con los Indios, con los Persas, con los Odrisos, y con los habita-*

dores de la Samotracia y de Eleuxis. N. 15. El célebre Pitagórico Numénio procede con mas equidad. Investiga primero los dogmas religiosos, elige lo que le parece mas verisimil, y en su Tratado *del sumo bien*, quando habla de los Pueblos que reconocen un Dios incorporal, no dexa de citar á los Judíos; y aun se sirve de algunos pasages de los Profetas, y los convierte en alegorias.

Dicese que Hermípo, en su obra *sobre los Legisladores*, asegura, que Pitágoras habia tomado de los Judíos la Filosofia que enseñó á los Griegos. Tenemos tambien un libro del historiador Hecatéo, en que se encarece la sabiduría del Pueblo Judío de tal suerte, que Herénio Filón, en su obra sobre los Judíos, parece que duda que este libro sea de Hecatéo: y añade, que si por ventura es suyo, no es posible sino que Hecatéo, arrastrado de la fuerza de la verdad, haya abrazado la doctrina de los Judíos.

N. 16. Me admira, que Celso cuente en el número de las Naciones mas sábias y mas antiguas, á los Odrisos, á los Hiperbóreos, y á los Habitadores de Eleuxis y de la Samotracia; y no se digne nombrar á los Judíos, ni á título de antigüedad, ni á título de sabiduría; quando es constante, que los Egipcios, los Fenicios y los Griegos, en muchos escritos, atestiguan la antigüedad del Pueblo Judío. Creo que será inútil, que yo cite estos Autores, quando cada uno

puede consultarlos, ya en los dos libros *de las antigüedades de los Judíos*, por Josefo, ya en la sabia obra de Taciano el joven *contra los Griegos*.

Se ve, pues, claramente, que el aborrecimiento, y no el amor á la verdad, hace hablar á Celso: ni es otro su objeto, quando calumnia á los Judíos, sino el de desacreditar la cuna del Cristianismo. Celso llama tambien antiguos y muy sabios á los Galactófagos de Homero, á los Druidas Gaulas y á los Getas, cuya doctrina en muchos puntos es semejante á la de los Judíos; pero yo no sé, que nos hayan dexado algunos escritos. En una palabra, los Hebreos son los únicos, á quienes Celso pretende quitar á un tiempo la sabiduría y la antigüedad.

En la lista, que nos transmite de los Sábios, y de los antiguos Escritores, cuyas obras han sido de tanto provecho para sus contemporaneos, y para la posteridad, pone al frente á Lino, de quien ni tenemos leyes, ni escritos útiles para la corrección de las costumbres; y excluye á Moysés, cuyas leyes han sido bien conocidas de un pueblo entero, esparcido por toda la tierra. Esto supuesto, bien se dexa conocer el designio, con que Celso nos representa á Lino, Muséo, Orféo, Ferécidas, el Persa Zoroastres y Pitágoras, como otros tantos Sábios, que han enseñado dogmas religiosos, que todavia se observan; y pasa en silencio todos aquellos cuentos de la Mitología, que atribuye á los Dioses todas las pasiones de los

hombres, y de que es autor principal Orféo.

N. 17. Celso impugna despues los libros de Moysés, sin permitir el uso de las figuras y de las alegorias para interpretarlos. Pero á este ilustré Escritor, Autor del *Discurso verdadero* se le puede decir: ¡Cómo! ¡Te glorías de que reconoces á los Dioses, los cuales, segun refieren vuestros Poetas y vuestros Sábios, se han abandonado á los placeres mas infames, han hecho la guerra á sus próximos y los han mutilado, y han cometido ó tolerado las mayores atrocidades; y te lastimas de la ceguedad de aquellos, que han recibido las leyes de Moysés, el qual jamás ha dicho una cosa semejante, ni de Dios, ni de los Angeles, ni aun de los hombres?....

Esto me hace acordar del Trasímaco de Plátón, que no permitia, que Sócrates respondiese lo que pensaba acerca de la esencia de la justicia. *No me vengas ahora*, dice, *con que la justicia es la utilidad, la beneficencia, ni otra cosa semejante.* Del mismo modo Celso, despues que ha censurado amargamente los libros de Moysés, y ha puesto en mala opinion á todos los que reconocen en ellos alegorias, no permite tampoco que se refuten sus objeciones y sus calumnias, como lo pide el estado de la cuestión.

N. 18. Propongamosle un desafio. Traiganse las Poesías de Lino, de Muséo y de Orféo, y la historia de Ferécidas, y comparese todo con los libros de Moysés; las historias de aquellos con la